

—¿Qué es?—preguntó Fagan.

—Nada, casi nada... una pesadilla que le da siempre y se despierta sobresaltado al dar ese grito doloroso, ese grito de angustia.

¡Su pobre hijo tan nervioso, tan débil! Paulina se puso á hablar de él, de su salud, de la herida de la rodilla...

—¿Es de nacimiento?—preguntó Fagan impresionado por aquella inquietud maternal, la más profunda, la más conmovedora de todas.

—No, un accidente... cuando era pequeño.—Y ya no dijo más, absorta por aquel recuerdo triste.

III

—No, hijitas mías... no... lo que me pedís es imposible y me causaríais mucha pena insistiendo.

¡Insistir! ya se guardarían bien de hacerlo. Al oír la negativa de su padre, Ninita había cogido un libro, Rosa un periódico de modas y sus candidas caritas habían tomado de repente una expresión dura, reservada, y parecían absortas en una silenciosa atención, únicamente interrumpida por alguna mirada de reojo llena de malicia que se deslizaba por entre las pestañas medio cerradas. Ya no eran dos niñas con quien tenía que habérselas Fagan, sino dos mujeres con la angelical

obstinación de la mujer, que acaba siempre por exasperar al hombre. El pobre padre se esforzaba en meter en aquellas pícaras cabecitas los serios motivos que tenía para negar la subvención suplementaria que se le pedía.

Vamos á ver; desde hacía siete meses que se había separado su madre y él, no había dejado ni una sola vez de dar dos mil francos en vez de los mil quinientos que el tribunal había concedido. ¿Y aún no era bastante. Aún se atrevían á pedirle más, sabiendo que no tenía más fortuna que lo que le producía el teatro? Este año no se quejaba porque su repertorio seguía en boga, pero los caprichos del público podían disminuir su renta. Además había que pensar en la dote de Rosa.

—Y en fin, hijitas, me parece que para un domingo que venís á verme, uno de mis pobres domingos, os habéis encarga-

do de desempeñar una comisión bastante fea. ¿No hubieran podido enviar á Mademoiselle ó mejor aún haberme escrito una carta á la que ya hubiese yo sabido contestar?

Era preciso este ataque directo á su madre para romper el mutismo de las dos muchachas.

—Pero papá—dijo Ninita sin apartar los ojos de su libro,—no nos han dado ninguna comisión... y ese pequeño aumento que te habíamos pedido era para nosotras solas...

—Para nuestros trajes...—añadió Rosa cuya voz salía de entre los figurines que la rodeaban como un biombo.

—¡Vuestros trajes!... —clamó Fagan. ¡Pero si precisamente es para vuestros trajes el aumento que doy todos los meses! ¡Seguramente no es para los de Mme. Ravaut! Y las jóvenes de vues-

tra edad, de vuestra posición, deben contentarse con esa cantidad. Y empezó á entrar en detalles de gastos, vestidos, ropa blanca, calzado, volviendo, sin notarlo, á repetir una de aquellas fastidiosas discusiones de familia que tanto le molestaban antes; pero con la diferencia ahora de que tenía que hacer frente á dos mujeres en vez de una sola: las réplicas se sucedían, agudas y directas las de la pequeña, pero más desagradables las que inconscientemente daba la mayor, que una de las veces adujo como razón un matrimonio que sin duda las obligaría á...

—¿Qué matrimonio?...—exclamó Fagan con viveza.

Por rápida que fué la mirada que lanzó Ninita á su indiscreta hermana mayor, Fagan la cogió al vuelo; palideció, y con voz extridente y dura, dijo:

—¡Comprendido!... Sí, sí, perfectamen-

te... ya entiendo... Mme. Ravaut se vuelve á casar... está en su derecho... ¿Y con quién? ¿Puede saberse?... Con el primo, ¿no es verdad?

Las encendidas mejillas de sus hijas, sus gestos evasivos, desconcertados, le contestaban mejor que las palabras, y aumentaban su cólera. No era que tuviese celos de su mujer; pero de sus hijas; ¡oh! de sus hijas sí los tenía, hasta el extremo de que en otro tiempo le hacía sufrir su intimidad con La Posterolle y le mortificaban los halagos, los regalos con que sabía conquistarlas y granjearse sus amabilidades de cotorritas golosas y coquetas. ¿Qué sucedería ahora que iba á vivir en la misma casa, con la autoridad y las privanzas de un padrastro y que sería bien pronto, por la sucesión natural de las cosas, por la asiduidad, por la presencia continuada más su padre que él mismo?

Lo que más le exasperaba, era pensar que quizá se llevasen á sus hijas lejos de París.

—¡Oh! eso... lo veríamos... tartamudeaba furioso agitando sus largos brazos, con los puños crispados amenazando brutalmente.

Pero los furores de Fagan, criollo de la isla de Borbón, pasaban como los ciclones cortos y violentos. Duró el tiempo necesario para tirar algunas sillas, cerrar de golpe la puerta al salir y volver á entrar y después se calmó, se tumbó en una gran butaca americana y como todos los domingos, pidió á Rosa que se pusiese al piano comprado expresamente para ella.

Desgraciadamente Rosa tenía jaqueca, pero tan fuerte que...

—Vamos Rosita... casi nada... unos compases de Chopin ó de Mendelssohn...

—Lo siento mucho papá... pero es imposible...

Y en vista del tono seco, implacable de la hija, el padre no insistió: no se discute con la jaqueca. Volviéndose hacia Ninita, dijo:

—¿No vas á jugar con Mauricio?

—No; hoy no... estoy muy cansada.

Agarrada con las dos manos al libro, la frente arrugada y la barba recogida sobre su cuello de hombre, se comprendía que ni los tiernos reproches del padre ni las miradas suplicantes que echaba á la ventana el pobre enfermito, mientras arrastraba su muleta desconsolado y aburrido, podrían hacer cambiar su resolución.

Todo el resto del día se estuvo estrellando Fagan contra un mal humor que no era solamente el de sus hijas, sino que era también obra de la ausente y tanto más fuerte cuanto que no estaba presente.

¿Valía la pena de haberse divorciado si había de seguir sufriendo las mismas escenas de familia, seguidas de los mismos mutismos cuya enervante persistencia conocía?

Durante aquella larga y lamentable tarde, escribió á Mme. Ravaut varias cartas que rompió en seguida, por encontrarlas demasiado moderadas unas y excesivamente duras otras. Por fin cuando sus hijas, después de darle un beso con frialdad, se despidieron de él para ir á buscar á Mademoiselle que las esperaba en la puerta, entregó á Rosa dos letras para su madre pidiéndole una entrevista para el día siguiente por la mañana.

En la misma Avenida del Observatorio donde combinaban unos meses antes su divorcio, estaba Fagan esperando á su ex-esposa no sin cierta curiosidad. Con frecuencia había tratado de répresentársela

al pensar en ella; pero como no tenía ningún retrato suyo, su recuerdo confundía los rasgos de la fisonomía agrandando



unos á costa de otros. Ya no conservaba en la memoria la imagen de la mujer.

Cuando la vió á lo lejos, en la Avenida, rozando con su falda de paño los montones de hojas secas, le pa-



reció más alta de lo que creía; y mientras ella notaba que Régis había engordado y que las canas que empezaban á plañear su fino bigote y sus sienas hacían que tuviese mejor, más sonrosado el color de su cara, él estaba asombrado más que de nada, de lo que cambia la cara de una mujer cuyo pelo pasa del color rubio ceniciento al rojo veneciano más clásico.

Un reflejo más caliente que sólo se vé en los buenos cuadros italianos, el cutis más blanco, una nueva belleza, retocada y ayudada, aumentada quizá por un invisible afeite.

El traje, tan correcto como en otros tiempos, estaba realzado por esa coquetería especial que tiene toda mujer que ama y que quiere ser amada y por cierto aire seguro, independiente que Mme. Ravaut, única responsable de sus actos, había ad-

quirido al mismo tiempo que una autoridad sin límites.

«El divorcio le sienta admirablemente...» pensó Fagan, y en seguida rompió el ataque resueltamente:

—¿Por qué no haberme anunciado ese casamiento?... ¿No habíamos convenido en eso?

Mme. Ravaut acentuó su antigua sonrisa engañosa, y mirando de soslayo por debajo de sus párpados medio cerrados, como los *espías* de las ventanas de Berna, dijo:

—¡Dios mío... todavía no hay nada seguro... estoy dudando!... ¿Te parece conveniente?... Ya me conoces, Fagancito mío, ya conoces á La Posterolle... ¿qué me aconsejas?

Hablaba en un tono de sincera amistad y andando al lado de él por la acera de la Avenida, instintivamente fué á agarrarse

de su brazo: pero Fagan se apartó también inconscientemente y para evitar todas aquellas preguntas que le parecían fuera de lugar é inoportunas, le recordó las condiciones de su divorcio: «No marcharse nunca de París, no llevarse jamás á las niñas fuera de París...» y sus labios temblaban de cólera al decir estas palabras.

Ella le aseguró en seguida... ¡Sus hijas salir de París!... ¡No sería con su madre ni por causa de este matrimonio!... La Posterolle, fiscal del Consejo de Estado, próximo á ser nombrado Consejero tenía todos sus intereses en París... Además, era ella demasiado parisiense..., y esto fué lo que más tranquilizó á Fagan. No se la imaginaba viviendo en provincias, desterrada, privada de los estrenos, del concurso hípico, de las exposiciones de todas clases á las que se va para ver ó para ser visto. Y al reanudar ella la con-

versación sobre su La Posterolle, sobre las ventajas del proyectado matrimonio, Régis la escuchó sin disgusto, casi dándole su opinión.

La lluvia que amenazaba desde por la mañana, comenzó á caer, menuda, penetrante, como lluvia de otoño. Grandes nubes se veían por encima del Luxemburgo. Abrieron los paraguas, pero al cabo de un rato, pareciéndole que estaba



muy lejos para hablar, Mme. Ravaut cerró el suyo y empezó á andar pegada á Régis, ocupándose de sus hijas. Su nueva posición (caso de que se decidiera), les crearía relaciones en el mundo oficial, proporciones ventajosas. La mayor acababa de cumplir dieciséis años.

¿Qué podría hacer para casarla una mujer sola, divorciada, cohibida, coartada para salir de casa, para recibir á la gente?

A la larga, este aislamiento había de perjudicar á Rosa y á Ninita. «Pero, tú mismo, Régis, ¿no te encuentras muy solo?»

Todo esto lo decía muy bajito acercándose más á Fagan para guarecerse del chaparrón que estaba cayendo. Una bruma de agua borraba la Avenida. Los árboles enmohecidos y el hermoso grupo de Carpeaux con su mapa-mundi que sostienen en su movimiento giratorio las cuatro mujeres de bronce de nerviosas y

ligeras piernas. De vez en cuando una pareja á la que el aguacero obligaba á levantarse del banco en que estaba sentada, pasaba á su lado sonriendo y echándoles una mirada furtiva de complicidad: porque ¿cómo suponer lo que venían á hacer allí ni lo que eran uno para otro?

Y, poco á poco, la dulzura de aquella mañana de otoño, lo imprevisto de una conversación que vagamente pensaba utilizar para el teatro, iban haciendo que Fagan prestase atención á lo que decía aquella voz, á pesar de que sabía que era astuta y falaz. Después de haber dicho «aconséjame...» ella era la que le aconsejaba: ¡y tan sensatamente!... Le animaba á que se casara también para que no acabase su vida abandonado, y convenía en que sería un excelente marido para otra mujer más dócil para sus gustos, más conforme con sus ideas. Divertido con el

giro que tomaba la conversación, contestaba afectuoso, casi alegremente, cuando ella le interrumpió diciendo:

—Qué lástima que Mme. Hulín...

—Mme. Hulín.

—Sí, la dueña de tu casa...

Y al decir esto, volvió á aparecer en los labios de Mme. Ravaut una sonrisa falsa y artera. Fagan se estremeció.

—¿La conoces?

—Lo bastante para saber que es el tipo que te convenía...

—Entonces, porqué dices ¿qué lástima?

—¡Claro! ¡qué lástima que Mme. Hulín no sea viuda! Y al ver su estupefacción, añadió: «Has dicho á las niñas que era viuda; no está más que separada de su marido.»

—¿Cómo lo sabes?

—¡Oh, por mi policía!

Y al decir esto sonreía con tan mala

intención, que Fagan hizo un gesto de indiferencia para aparentar que tomaba como detalles de poca importancia lo relativo á Mme. Hulín y á su viudez. Continuaron su paseo en silencio; pero la lluvia que aumentaba y la bulliciosa salida de los alumnos de una sala de armas, empujándose y riendo, interrumpieron el encanto de la original entrevista, y al llegar á la primer parada de coches se separaron.

¿Por qué volvía Régis á su casa con el corazón oprimido? Tenía la seguridad de que sus hijas no se alejarían de París, que el matrimonio de Mme. Ravaut no alteraría en nada la calma de su dichosa existencia. ¿Acaso el remordimiento de aquella rubia convertida en roja, ó su delicado olor á verbena que tanto tiempo le había gustado, habrían renovado sus recuerdos ó le haría experimentar un

vago y mal definido arrepentimiento? No, mil veces no. Pasada la primera sorpresa, había sido suficiente la astuta sonrisa para traerle á la memoria tantos años de debilidad y de sufrimiento. Entonces, ¿qué le pasaba? ¿qué angustia le ahogaba? Después de dar mil vueltas y de buscar mil subterfugios, se vió obligado á confesarse que su tristeza provenía de saber que su amiga estaba casada. Y allá, en el fondo de su pensamiento, muy lejos, como al final de una calle de árboles, se le aparecía Paulina Hulín, con sus hermosos ojos muy abiertos, imantados y con aquel aire de franqueza, de tranquilizadora bondad, que la envolvía como una aureola y que formaba un contraste tan absoluto con la que acababa de dejar. Evidentemente, sin que él lo hubiese notado, hacía algunas semanas que se habían ido formando en su corazón pro-

yectos indecisos que había desbaratado como un rayo esta repentina revelación: ¡Mme. Hulín está casada!

¿Sería verdad? ¿No sería uno de aquellos cuentos románticos que Mme. Ravaut acostumbraba á inventar? Sin embargo, pensándolo bien, la reserva singular que guardaba su vecina respecto á aquel marido muerto ó vivo, cuando respecto á otros puntos vivían en completa intimidad de ideas, algunas palabras que se le habían escapado á Mauricio, le habían hecho reflexionar algunas veces. Pero, ¿qué objeto tendría esta mentira que despojaba á aquella criatura de toda la lealtad, de toda la honradez que constituían una gran parte de su encanto? ¡Y él que se iba entregando con tanto abandono!...

Entonces, todas las mujeres eran engañadoras, no se debía creer á ninguna ni conceder siquiera á sus palabras el va-

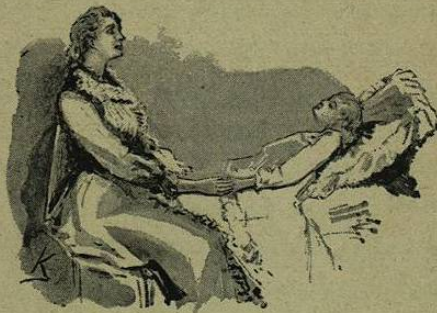
lor que se da al testimonio de un niño ante los tribunales?...

Envuelto en este huracán de pensamientos furiosos y contradictorios llegó á su casa decidido á provocar una explicación inmediata, cuando le dijeron que Mme. Hulín había llamado á un gran cirujano, que en aquel momento estaban en consulta, porque hacía unos días que la rodilla del pequeño Mauricio se había inflamado.

Después de almorzar bajó Fagan á pedir noticias, pero no fué recibido. En la puerta, Anita la criada, que había cuidado á Mauricio, le dijo, llenos los ojos de lágrimas, que acababan de decidir hacerle al día siguiente una operación muy grave, que toda la casa estaba revuelta con los preparativos y la señora no quería ver á nadie. Entonces preguntó si podría ser útil para sostener al niño ó para velarlo.

La señora contestó por conducto de la criada que le daba las gracias, pero que no necesitaba nada.

¡Cuán lejos estaba de ocuparse de él en aquel momento aquella encantadora mujer! ¡Ante el peligro en que estaba su hijo qué poco sitio ocupaba Régis en el corazón de la madre!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO